

## El papel de la clase obrera en la política de Frente único y de Frente popular

1. Hace tres años publicamos el artículo “*Las tácticas de Frente único y de Frente popular en la estrategia política del Movimiento comunista*” (aparecido en la revista “Teoría e Praxis” n. 24 y en forma concisa en “Unidad y Lucha” n. 23, órgano de la CIPOML).

En aquel artículo reconstruimos los orígenes históricos de las tácticas de Frente único proletario y de Frente popular antifascista promovidas por el VII Congreso de la Internacional Comunista (1935), la lucha conducida por los Partidos comunistas para derrotar en sus filas las desviaciones oportunistas de derecha y ultraizquierda, las condiciones políticas y sociales necesarias por la formación de Gobiernos de Frente único y Gobiernos de Frente popular. Y recordamos, por fin, a las importantes experiencias de bloque obrero y popular en curso en Tunicia, Palestina, Ecuador, México, Francia y España.

Queremos dedicar una atención específica al papel fundamental de la clase obrera en ambas tácticas, con particular referencia a las experiencias de los Frentes popular francés y español en los años '30 del siglo XX, ricas de enseñanzas por la construcción de Frentes populares en la fase actual de la lucha de clase sobre el plan nacional e internacional.

2. En su informe al VII Congreso, el camarada Jorge Dimitrov así se expresó:

*«Sin embargo, sería insuficiente darse por contentos con sellar un pacto sobre acciones conjuntas y con crear comités de enlace de los partidos y las organizaciones enroladas en el frente único, que es, por ejemplo, lo que sucede en Francia. Esto no es más que el primer paso. Los pactos son medios auxiliares para la realización de acciones conjuntas, pero no son todavía, de por sí, el frente único. Los comités de enlace entre las direcciones de los partidos comunistas y socialistas son necesarios para facilitar la realización de acciones conjuntas, pero están muy lejos de bastar por sí solos, para el despliegue efectivo del frente único, para conducir a las extensas masas a la lucha contra el fascismo.*

*Los comunistas y todos los obreros revolucionarios deben esforzarse por crear órganos de clase del frente único al margen de los partidos elegidos –en los países de dictadura fascista, escogidos entre las personas más prestigiosas en el movimiento de frente único– en las empresas, entre los desocupados, en los barrios obreros, entre la gente modesta de la ciudad y del campo. Sólo estos órganos pueden abarcar mediante el movimiento de frente único hasta las enormes masas no organizadas de los trabajadores».*

Por cuánto concierne la formación de Frentes populares, la directiva de Jorge Dimitrov fue extremadamente clara:

*«En la movilización de las masas trabajadoras para la lucha contra el fascismo, tenemos como tarea espacialmente importante la creación de un extenso frente popular antifascista sobre la base del frente único proletario. El éxito de toda la lucha del proletariado va íntimamente unido a la creación de la alianza de lucha del proletariado con el campesinado trabajador y con las masas más importantes de la pequeña burguesía urbana, que forman la mayoría de la población incluso en los países industrialmente desarrollados.»*

Sin embargo, dada la existencia de condiciones sociales y políticas distintas en los diferentes países en los que fue necesario enfrentar la amenaza del fascismo, algunas dudas e incertidumbres habían surgido entre los comunistas sobre la prioridad de asignar a la construcción del uno u Frente. Sobre este problema, la solución sugerida por Dimitrov en su discurso de clausura del Congreso se inspiró en los criterios de la dialéctica marxista:

*«Algunos camaradas se quiebran en vano la cabeza, dándole vueltas a esta pregunta: ¿por dónde empezar, por el frente único del proletariado o por el frente popular antifascista? Unos dicen: no se puede proceder a crear el frente popular antifascista antes de organizar un sólido frente único del proletariado.*

*Pero como en una serie de países el establecimiento del frente único proletario tropieza con la resistencia de los sectores reaccionarios de la socialdemocracia, es mejor –razonan otros– empezar de una vez por el frente popular y sobre esa base desarrollar luego el frente único de la clase obrera.*

*Pero en una serie de países la formación del frente único del proletariado y el frente popular antifascista se hallan enlazados por la dialéctica viva de la lucha de clases, se entretienen, se convierten el uno en el otro, en el proceso de la lucha práctica contra el fascismo, y no se hallan separados, ni mucho menos, por una muralla china.»*

Será, pues, el estudio detallado y metódico de la situación concreta y las relaciones de fuerza entre las clases que, en cada situación particular y en cada realidad nacional, indicará a los comunistas dónde dirigir en primer lugar sus esfuerzos, por donde empezar, sin olvidar que, como Dimitrov subrayó con fuerza, *«la unidad de acción de la propia clase obrera, que es la fuerza-guía»* de la formación de cada frente más amplio.

3. Las indicaciones políticas de Dimitrov encontraron confirmación en la Resolución aprobada por el VII Congreso al final de sus trabajos (“Resolución sobre la ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional Comunista en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo”, 20 de agosto de 1935):

*«La lucha eficaz contra la ofensiva del capital, contra las medidas reaccionarias de la burguesía, contra el fascismo, el peor enemigo de todos los trabajadores, que les arrebatara todos sus derechos y libertades, sin distinción de credo político, exige imperativamente que se establezca la unidad de acción de todos los sectores de la clase obrera, sea cual fuese la organización a que pertenezcan, ya antes de que la mayoría de la clase obrera se unifique sobre una plataforma común de lucha por el derrocamiento del capitalismo y por el triunfo de la revolución proletaria. Pero precisamente por ello, esta tarea obliga a los partidos comunistas a tener en cuenta los cambios operados en la situación y a aplicar la táctica de frente único de un modo nuevo, tratando de llegar a acuerdos sobre acciones conjuntas con las organizaciones de los trabajadores de distintas tendencias políticas en la fábricas y en un plano local, regional, nacional y internacional.*

*[...] A fin de desplegar el movimiento de frente único como una causa de las mismas masas, los comunistas deben procurar la creación de órganos de clase del frente único al margen del partido, elegidos (en los países de dictadura fascista, seleccionados entre los elementos de mayor prestigio que participan al movimiento) en las empresas, entre los parados, en los barrios obreros, entre la gente modesta de las ciudades y en las aldeas. Sólo estos órganos, que, naturalmente, no debe reemplazar a las organizaciones que participan en el frente único, podrán encuadrar también en el movimiento de frente único a la enorme masa no organizada de los trabajadores, podrán fomentar el desarrollo de la iniciativa de las masas en la lucha contra la ofensiva del capital y contra el fascismo y la formación, sobre esta base, de amplios cuadros de activistas obreros del frente único.»*

4. ¿Por qué razón la clase obrera puede y tiene que ejercer su hegemonía en la política de Frente? La clase obrera, el proletariado industrial, es el antagonista más irreducible del capital porque el desarrollo general del capitalismo no amenaza su propia existencia (como ocurre, en cambio, por las capas pequeños burgueses), pero hace aumentar, a nivel mundial, el número de los obreros y hace cada vez más importante el papel económico y social como principal productor de la riqueza material de la sociedad; por lo tanto, los intereses materiales de la clase misma coinciden con la fundamental tendencia de desarrollo de las fuerzas productivas (comprendida la ciencia y sus aplicaciones técnicas a la producción).

El proletariado industrial - que no posee ningún medio de producción - es la clase directamente explotada por el capital, que obtiene del plus-trabajo no pagado a los obreros la ganancia de que vive la clase burguesa en todas sus ramificaciones sociales. La clase obrera es, pues, la única clase social que tiene una relación realmente antagónica con el capital en la esfera misma del proceso

productivo. Por este motivo, la clase obrera es la clase más combativa, la única clase revolucionaria hasta el fin de la sociedad capitalista.

El trabajo en la gran industria capitalista educa cotidianamente a los obreros en la actividad desarrollada en común, a la organización, a la disciplina y al espíritu del colectivismo. Esto permite al proletariado industrial elevar su conciencia de clase, de hacer propias las ideas del socialismo científico y de prepararse para la tarea revolucionaria: a la liquidación - a la cabeza de los oprimidos y los explotados - del dominio político de la burguesía y la instauración de la dictadura del proletariado para el paso del capitalismo al socialismo y posteriormente al comunismo.

Son estas las razones por las que en todas las fases históricas del proceso revolucionario, la clase obrera puede ejercer su hegemonía sobre otras capas de trabajadores oprimidos y explotados, y - bajo la dirección de su partido, el Partido comunista - puede extender su hegemonía y ejercer una función pujante sobre una parte de la pequeña burguesía trabajadora.

5. La recuperación de las experiencias históricas de los Frentes populares realizados en Francia y en España en los años '30 del siglo pasado, es extremadamente útil para comprender cómo la unidad de acción de la clase obrera organizada en sus organismos es fundamental para la movilización de las masas y por el éxito de la política de frente popular.

¿Cómo tuvo origen el Frente popular en Francia? El 6 de febrero de 1934 la derecha francesa organizó un motín, proclamando la necesidad de un "Estado fuerte" (como en la Italia de Mussolini y en la Alemania de Hitler), contra el régimen parlamentario "débil y corrompido."

Para contrarrestar la amenaza de la derecha reaccionaria y fascista el Partido Socialista francés (SFIO) titubeó a recurrir a la movilización obrera, mientras que el Partido Comunista francés lanzó una llamada para invitar a un gran contra-manifestación para el 9 de febrero. La amplitud de la manifestación del 9 de febrero, en el curso de la cual se reunieron unitariamente los dos grandiosos cortejos de los trabajadores comunistas y socialistas, fue un de inflexión, al que siguió la grandiosa huelga general del 12 de febrero.

Aunque la necesidad de crear comités de frente único de acción en las fábricas, fue sentida desde el primer momento, el Pacto de unidad de acción estipulado en el julio de 1934 entre el Partido comunista francés y el Partido socialista francés, por la que los dos partidos se comprometían a defender las libertades democráticas y las instituciones republicanas amenazadas por el fascismo, no preveía la formación de Comités obreros y de Comités de base unitarios de lucha contra el fascismo. Los comunistas no renunciaron en algunas ocasiones a pedir su constitución, pero la dirección de centro-derecha del SFIO, cuyos jefes fueron León Blum y Paul Faure, se opuso siempre.

Después de la victoria de la Frente popular en las elecciones de abril-mayo de 1936 y la formación del gobierno de Frente popular, encabezado por León Blum, la clase obrera francesa demostró su alta combatividad.

Todo empezó en El Havre, con la lucha de los obreros de la fábrica Bréguet contra el despido de dos delegados sindicales que se negaron de trabajar el día del 1° de mayo. En apoyo a los delegados, los 600 obreros de la fábrica llevaron a cabo una huelga de brazos cruzados, y por vez primera en Francia, una huelga fue acompañada por la ocupación de la fábrica. En Toulous y en otras localidades se repitió la suspensión del trabajo en apoyo a reivindicaciones sindicales, con la ocupación de los lugares de trabajo. La misma forma de lucha se extendió de un lado a otro de Francia, y el 28 de mayo cruzaron los brazos 35.000 obreros de la Renault, impulsando la lucha de todos los obreros mecánicos de la región de París. En las provincias francesas se movilizaron no sólo los obreros de las grandes fábricas, sino también los trabajadores de las pequeñas fábricas; y más tarde se unieron los estibadores y los trabajadores del mar.

En el curso de las ocupaciones, los obreros permanecieron en sus lugares de trabajo día y noche, abastecidos por sus familias y por las poblaciones de las ciudades cercanas. Dentro de las empresas ocupadas el poder fue concentrado en las manos de los "comités de huelga" y cada día se tuvo una asamblea obrera en los locales ocupados.

Con las huelgas y las ocupaciones, los trabajadores consiguieron del gobierno del Frente popular importantes mejorías de sus salarios y condiciones de trabajo, pero sin que en Francia se abriera una perspectiva revolucionaria después de la caída del gobierno de León Blum.

En los primeros meses del gobierno Blum, se produjo un estrecha relación entre las luchas que los obreros llevaban a cabo en la fábrica y las leyes que los ministros hicieron adoptar en el Parlamento. Al principio de la acción de gobierno, se reivindicó expresamente ligar la clase obrera, las masas populares y la acción sobre el plan institucional.

Pero el gobierno representó cada vez más a los grupos parlamentarios que lo apoyaban y cada vez menos el movimiento social que lo llevó al poder.

Si el protagonismo de la clase obrera fue indiscutible en muchos momentos de su lucha reivindicativa, no hubo, a nivel de base, un planteamiento organizativo que encontrara su expresión en organismos de Frente único obrero como "fuerza motriz" del Frente Popular, según la clara indicación de Dimitrov. Una grave responsabilidad por este fallo recae sobre los jefes reformistas de la Confederación del Trabajo, que se opusieron al frente único.

Y esta falta se hizo sentir justo en los momentos en que en las reuniones del Consejo de ministros y las direcciones de los partidos, se tomaban decisiones de gran importancia, sin que pudiera ser ejercido ningún control por los organismos de masa proletarios.

El límite fundamental de la experiencia francesa del Frente popular de los años 30 fue el hecho de que la unidad de acción entre los partidos políticos encontró su expresión en grandes encuentros populares o en grandes manifestaciones unitarias de masa en las calles y en las plazas, pero no en la acción de las cabezas de comités de Frente único y Frente popular antifascista a nivel de base, como preconizaba La Internacional Comunista.

6. En España, después de la expulsión del país del rey Alfonso XIII como consecuencia de la derrota de los partidos monárquicos en las elecciones por la Asamblea Constituyente del 1931, fue proclamada la República e instalado un gobierno provisional, con el republicano Manuel Azaña presidente del Consejo y el socialista Largo Caballero ministro del Trabajo. Poco más de un año después de la proclamación de la República, en el agosto de 1932 se averiguó la primera tentativa (fracasado) de golpe de Estado militar, con el pronunciamiento del general Sanjurjo.

El gobierno Azaña-Caballero botó una tímida reforma agraria, que no satisfizo el hambre de tierra de los campesinos pobres. Un divorcio cada vez más profundo se abrió entre el gobierno y el proletariado rural y urbano. El gobierno cayó en el 1933, y las nuevas elecciones dieron la victoria a las derechas, mientras la crisis económica tocó su punto más alto, con un continuo crecimiento del número de los parados.

El Partido socialista inició una parcial autocrítica, y el Partido Comunista de España empezó a practicar una política de unidad con todas las fuerzas proletarias.

El 6 de octubre de 1934 estalló una insurrección en la región minera de las Asturias. Conducida por organismos unitarios (las Alianzas Obreras), donde confluyeron proletarios comunistas, socialistas y anarquistas, el levantamiento se propagó desde la cuenca minera a Oviedo. Por algunos días la región estuvo bajo el control de los revolucionarios, dirigidos por un Comité que se encargó de todas las funciones de gobierno. Las columnas obreras resistieron a las tropas gubernativas que convergieron de Castilla y Galicia. Al fin, las fuerzas revolucionarias sucumbieron a las tropas conducidas por los generales falangistas Franco, Ochoa, Yagüe y Varela. La represión fue durísima: más de 1.000 muertos, muchos pasados de inmediato por las armas, y 30.000 prisioneros, muchos de los cuales fueron torturados.

Después de esta atroz represión, el Partido Comunista movilizó los elementos más revolucionarios de las masas en acciones unitarias, creando las condiciones concretas por la formación de la Frente popular antifascista.

En el junio del 1935, el secretario del Partido Comunista, José Díaz, dirigió una llamada al Partido Socialista, a los anarquistas, a los sindicalistas, a los republicanos y todos los antifascistas por la constitución de un Frente Único de los obreros y campesinos, y de una Concentración

Popular Antifascista, con el proletariado en posición hegemónica. Reproducimos algunos párrafos políticamente importantes del llamamiento:

*«Nosotros, Partido Comunista, luchamos y lucharemos siempre por la realización de nuestro programa máximo, por la implantación en España del gobierno obrero y campesino, por la dictadura del proletariado en nuestro país.*

*Pero, en estos momentos de grave peligro que amenaza a los trabajadores, con el fascismo dueño de los principales resortes del Estado, declaramos que estamos dispuestos a luchar unidos con todas las fuerzas antifascistas, sobre la base de un programa mínimo de obligatorio cumplimiento para cuantos entren en la Concentración Popular Antifascista.*

*[...] La Concentración Popular Antifascista debe descansar en las Alianzas Obreras y Campesinas, en los órganos de unidad y de lucha del proletariado y de los campesinos. Y no hace falta que me extienda mucho sobre la importancia y la significación de las Alianzas Obreras y Campesinas. Estas dos cosas han quedado bien patentizadas en Octubre, con la toma del Poder por los trabajadores de Asturias.*

*Esta necesidad, esta previsión nuestra, ha de ser bien comprendida. De sobra se sabe que la única clase revolucionaria, consecuentemente revolucionaria, revolucionaria hasta el fin, es el proletariado. Por eso es el proletariado quien debe ser la fuerza dirigente de la Concentración Popular Antifascista. Es la mejor garantía de que la Concentración Popular servirá los intereses de las masas antifascistas y no cesará hasta conseguir su objetivo. Y su objetivo es derribar al Gobierno reaccionario y fascista.» (J. Díaz, La lucha por la unidad en plena reacción, Discurso pronunciado en Madrid el 2 de junio de 1935).*

El 15 de enero de 1936 las izquierdas firmaron un Pacto de unidad y, un mes después, el Frente Popular – compuesto por el Partido comunista, el Partido Socialista y los partidos republicanos de la pequeña y mediana burguesía - venció las elecciones. Se formó el nuevo gobierno bajo la presidencia de Azaña, en el que los socialistas y los comunistas no tuvieron ningunos representantes. Fueron constituidos Comités de frente popular, pero casi siempre subordinados a la legalidad pequeña burguesa, sin que el Partido comunista logró transformar su contenido para hacer de los Comités organismos de un auténtico poder popular.

Por otra parte, la mediana burguesía y sectores del ejército no quisieron atacar los sectores del capitalismo, para salvar sus privilegios.

La revancha de los traidores reaccionarios y fascistas no se hizo esperar. En el mes de julio, en Marruecos (por entonces colonia española) y en España estalló una sublevación militar conducida por los "cuatro generales" (entre los que predomina el verdugo de Asturias, Francisco Franco), y empezó la guerra civil española, en el curso de la cual - sobre las frentes del Ebro, del Guadarrama, de la defensa de Madrid, y en muchos otros combates - la clase obrera vertió heroicamente su sangre junto a las Brigadas Internacionales.

El escaso peso de los organismos de frente único obrero no fue ciertamente el sólo límite de la experiencia española – por ej., fue grave la incompreensión de la naturaleza de aquella guerra como guerra nacional revolucionaria - pero indudablemente influyó de modo negativo en el desarrollo de la lucha, ya que la única verdadera garantía de una lucha contra un enemigo poderoso y despiadado es la unidad compacta de la clase obrera.

7. La política de Frente único y Frente popular encarna, ayer como hoy, la justa táctica marxista-leninista que debemos llevar adelante con decisión e inteligencia, teniendo en cuenta la realidad peculiar de cada país. Esta táctica es indispensable para establecer relaciones con las masas y aumentar nuestra influencia en el movimiento obrero y popular, desarrollar su movilización y realizar mejores relaciones de fuerza, cuáles premisas de ulteriores adelantamientos revolucionarios.

Hoy, con la ofensiva brutal y reaccionaria del capitalismo, con la amenaza populista y fascista en muchos países, con los peligros de guerra imperialista, la realización de la Frente popular (en sus diferentes expresiones y denominaciones), que presupone alianzas con las capas de la pequeña burguesía golpeada y empobrecida por la crisis económica, de las medidas de austeridad, etc., es un objetivo fundamental. A condición que la clase obrera, con su frente único de lucha, desarrolle un

papel importante, de dirección y de influencia política sobre todas las otras capas del pueblo trabajador.

El frente único proletario es principalmente la unidad de acción de todos los sectores de la clase obrera, la formación de organismos unitarios (comités, consejos, etc.) de lucha en los lugares de trabajo y en el territorio, la unidad sindical de clase y la unidad de lucha entre obreros organizados y no organizados, para defender los intereses económicos y políticos del proletariado, sus libertades y derechos, contra la ofensiva capitalista y la reacción burguesa, contra los peligros de guerra imperialista, en estrecha unión con los objetivos finales de nuestra lucha.

Los procesos de construcción del frente único y frente popular pueden ir adelante al unísono. Uno ayuda el otro. Es importante que la clase obrera apoye las reivindicaciones de las capas y sectores sociales atacados por el capitalismo; igualmente importante es que las coaliciones populares reconozcan las reivindicaciones urgentes de la clase obrera.

Claramente un frente popular sin la clase obrera es inconcebible. Al mismo tiempo tenemos que decir que el concepto de frente popular como una sencilla "alianza" entre diferentes clases y capas sociales (la clase obrera, la pequeña burguesía de la ciudad, los campesinos pobres, etc.), es insuficiente. Esta alianza siempre tiene una dirección, que puede ser de una clase o de la otra. Cómo marxista-leninistas tenemos que esforzarnos por traducir en la práctica el concepto de dirección, de hegemonía del proletariado en esta alianza.

Cuando hablamos de dirección de la clase a obrera en los frentes populares, no nos referimos sólo al papel que desarrolla el Partido comunista, que es su destacamento de vanguardia. Dirección de clase significa luchar para realizar organismos de frentes popular que estén en las manos de elementos combativos de extracción proletaria. Un verdadero frente popular no sólo tiene que incluir a los representantes de la clase obrera y sus reivindicaciones políticas, parciales e inmediatas, además situarlos a la cabeza al calor de la lucha.

La consolidación del papel dirigente de la clase obrera en el marco de la política de frente popular sirve para evitar muchos errores (por ej., el de identificar frente y Partido), así como el de desarrollar la relación orgánica de los comunistas con los mejores elementos del proletariado.

Uno de los motivos por que en Italia no se han dado todavía decisivos pasos hacia la formación de una coalición de izquierda, anticapitalista y antifascista, democrática y popular, reside en la incompreensión y en el fallido reconocimiento del papel dirigente de la clase obrera. Por consiguiente, en la negación de la relación dialéctica entre el frente único de la clase obrera y la política de unidad entre la clase obrera y las otras víctimas del capitalismo.

Esto profundo límite comporta que la política de frente es *de facto* negada o boicoteada por numerosas fuerzas oportunistas, socialdemócratas y revisionistas; en otros casos, se presenta como una política pequeño burguesa, a menudo estrecha y coyuntural, o bien limitada a la formación de coaliciones y alianzas exclusivamente sobre el terreno electoral. Eso provoca continuas disgregaciones y retrocesos de las iniciales experiencias frentistas.

Por otro lado, existen tendencias sectarias y ultraizquierdistas que no comprenden la hegemonía de la clase obrera y por consiguiente niegan la política de frente.

Estas desviaciones deben ser combatidas abiertamente, relanzando y desarrollando nuestro trabajo dentro de una situación objetiva que hoy, en Italia y en el mundo, presenta condiciones favorables y posibilidades políticas por la formación del frente único y frente popular.

Es indispensable que la izquierda obrera y popular, revolucionaria y anticapitalista, las fuerzas políticas, sindicales y sociales que resisten a la ofensiva capitalista, construyan espacios de encuentro, discusión y movilización en común, establezcan coaliciones populares basadas sobre la lucha contra el enemigo de clase y los colaboracionistas. De este modo reafirmarán su naturaleza de clase, que las distingue claramente de las expresiones de la izquierda burguesa y pequeño burguesa.

Los marxista-leninistas tienen la obligación de ser a la cabeza de esta batalla, sin renunciar, tampoco ni un instante, a su trabajo independiente de agitación comunista, de organización y movilización entre las masas explotadas y oprimidas.